

29ª SESION ORDINARIA DEL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1880

PRESIDENCIA DEL SR. DEL VALLE

SUMARIO: I.—Proyecto sobre remuneración á los contadores de la Comisión de Cuentas del Congreso.

II.—Se considera el dictamen de la Comisión Especial sobre el proyecto de Capital definitiva de la República. No termina.

Señores senadores:

Argento  
Baibiene  
Bárcena  
Baltoré  
Carrillo  
Civit  
Cortés  
Del Viso  
Febre  
Figuerola  
Frias  
Gelabert  
Gómez  
Igarzábal  
Leguizamón  
Lucero  
Navarro  
Ortiz  
Pizarro  
Paz  
Rocha  
Santillán  
Villanueva

En Belgrano, á los once días del mes de Septiembre de mil ochocientos ochenta, reunidos en su sala de sesiones, el señor presidente y los señores senadores al margen inscriptos, se declara abierta la sesión con inasistencia de los señores Padilla y Vélez, ausentes de esta capital con licencia.

Se lee y aprueba el acta de la anterior (9 del corriente) y se da cuenta de los asuntos entrados en Secretaría, á saber:

El Presidente de la honorable Cámara de Diputados remite en revisión al Senado el proyecto sancionado por aquella Cámara, acordando á los señores Landois y Compañía el derecho de construir una línea de tranvías para pasajeros y carga.

—A la Comisión del Interior.

Don Nicolás Leiva, electo Senador por Catamarca, pide se le abone el viático.

—A la Comisión de Peticiones.

I

PROYECTO DE LEY

*El Senado y Cámara de Diputados, etc.*

Artículo 1.º El Poder Ejecutivo pondrá á disposición de la Comisión de Cuentas del Congreso la suma de dos mil pesos fuertes con destino á los contadores auxiliares de la misma y por cuenta de sus trabajos.

Art. 2.º Este gasto se imputará á esta misma ley.

Art. 3.º Comuníquese, etc.

*M. V. Gelabert—A. del Valle.*

—A la Comisión de Hacienda.

**Sr. Gelabert**—Los contadores á que se refiere este proyecto, han dado cuenta oportunamente de los trabajos que le han sido encomendados. Ese trabajo ha sido verdaderamente laborioso y de importancia y ha facilitado la tarea que se ha encomendado á la Comisión de Cuentas.

Como este trabajo no ha sido aun recompensado, han pedido un adelanto á fin de poder atender con él á sus necesidades, y como las sesiones del corriente año pronto van á terminar, hemos creído que era muy justo adelantar algo á estos empleados á quienes hace un año que no se les da nada á cuenta.

Esta es la razón que hemos tenido para someter este proyecto á la consi-

deración del honorable Senado á fin de poder atender al <sup>justo</sup> pedido que hacen estos empleados <sup>propios</sup>

El <sup>¿</sup> de Hacienda.  
—A la Comisión <sup>¿</sup>

## II

—En seguida se pasa á considerar el dictamen que va á continuación:

*Honorable señor:*

Vuestra Comisión Especial ha tomado en consideración los proyectos de ley sobre Convención Nacional presentado por los señores senadores Civit, Rocha, Del Viso, Pizarro, Argento, Figueroa y Villanueva, y sobre Capital de la República por el Poder Ejecutivo; y por las razones que os dará el miembro informante, tiene el honor de aconsejaros su aprobación en la forma de los adjuntos proyectos de ley.

Sala de Comisiones del Senado, Septiembre 7 de 1880.

*Dardo Rocha—Martín Leguizamón—  
R. Igarzábal—Antonio del Viso—  
Benjamín Paz.*

### PROYECTO DE LEY

*El Senado y Cámara de Diputados, etc.*

Artículo 1.º Declárase Capital de la República el municipio de la ciudad de Buenos Aires, bajo sus límites actuales y después que se haya cumplido el requisito constitucional de que habla el art. 8.º de esta ley.

Art. 2.º Todos los establecimientos y edificios públicos situados en el municipio, quedarán bajo la jurisdicción de la Nación, sin que los municipales pierdan por esto su carácter.

Art. 3.º El Banco de la Provincia, el Hipotecario y el Montepío permanecerán bajo la dirección y propiedad de la provincia, sin alteración en los derechos que á ésta correspondan.

Art. 4.º La provincia mantendrá igualmente la administración y propiedad de sus ferrocarriles y telégrafos aunque empiece su arranque en el municipio de la ciudad, conservando asimismo la propiedad de los demás bienes que tuviese en él.

Art. 5.º La Nación tomará sobre sí la deuda exterior de la Provincia de Buenos Aires, previos los arreglos necesarios.

Art. 6.º El gobierno de la provincia podrá seguir funcionando sin jurisdicción en la ciudad de Buenos Aires con ocupación de los edificios necesarios para su servicio, hasta que se traslade al lugar que sus leyes designen.

Art. 7.º Mientras el Congreso no organice en la Capital la Administración de Justicia, continuarán desempeñándola los juzgados y tribunales provinciales con su régimen presente.

Art. 8.º Esta ley sólo regirá una vez que la Legislatura de Buenos Aires haya hecho la cesión competente prestando conformidad á sus cláusulas con arreglo á lo dispuesto en el artículo 3.º de la Constitución Nacional.

Art. 9.º Comuníquese, etc.

Sala de Comisiones del Senado, Belgrano, Septiembre 7 de 1880.

*Leguizamón—Paz—A. del Viso—  
R. Igarzábal—Dardo Rocha.*

(Aquí un discurso del doctor Rocha, que ha sido imposible obtenerlo de su autor).

**Sr. Pizarro**—El señor miembro informante nada nos dice del segundo proyecto de la Comisión.

**Sr. Presidente**—No está en discusión.

**Sr. Pizarro**—Pido, entonces, la palabra.

Viva y grata impresión ha producido la palabra de mi ilustrado colega y amigo el señor Senador por Buenos Aires, cuando en la primera parte de su discurso trataba de demostrar la necesidad de dar á la República su Capital permanente, y de designar para tan alto honor á la ciudad de Buenos Aires, su Capital tradicional.

Las ideas y sentimientos que con este motivo ha expresado el señor Senador, creo que no encontrarán impugnadores en esta asamblea. El ha interpretado fielmente, á juicio mío, el sentimiento nacional en esto, y ha demostrado al punto de vista de la política interna y externa, la necesidad imperiosa de terminar nuestra organización nacional por este último acto que lo complementa, con la fijación de la Capital permanente, donde han de residir en lo sucesivo las autoridades que ejercen el gobierno federal.

Mi honorable colega por Buenos Aires, después de establecer estos dos puntos de partida, indiscutibles en general, ha descendido al estudio en particular del proyecto que está en discusión y del cual voy á ocuparme brevemente.

Este proyecto, como emanado del Poder Ejecutivo, trae consigo todo el prestigio de su origen; él viene á la Cámara prestigiado también por la opinión y el voto unánime de la numerosa y selecta Comisión del Senado que aconseja su adopción: tiene en su apoyo el concurso de órganos respetables de la prensa periódica, y puede decirse que

un poderoso núcleo de opinión nacional lo sostiene y defiende dentro y fuera del Congreso.

No estoy seguro, sin embargo, de que esta opinión no sea en gran parte artificial: no estoy seguro de que, si se sondea profundamente, no llegue á encontrarse que carece de consistencia en muchos de los que defienden y sostienen este proyecto.

Pero de todos modos, ello es evidente que él viene de tal suerte autorizado al Senado, que puede decirse tiene de antemano asegurada su adopción.

Séame permitido, sin embargo, impugnar este proyecto con toda la sinceridad del patriotismo, con toda la vehemencia de una convicción profunda.

De completo acuerdo con los señores miembros de la Comisión en cuanto á la idea fundamental de fijar la Capital permanente de la República en la ciudad de Buenos Aires, estoy en completa oposición y desacuerdo de sus ideas respecto al modo como se proyecta establecerla, y al medio que se emplea para conseguir la realización de esta aspiración que nos es común.

Yo hago honor al Poder Ejecutivo de la Nación, á cuya iniciativa es debido este proyecto; hago cumplido honor también á los señores de la Comisión y á todos aquellos que lo sostienen y defienden: no puedo poner en duda ni su ilustración ni su patriotismo; pero séame permitido decir, juzgando este proyecto en sí mismo, y no en la intención de los que lo defienden ó sostienen, que él es un narcótico propinado al Congreso y á la espectación de los pueblos de la República, para adormecerles en la solución de esta cuestión con una vana esperanza, con una ilusión falaz de que este proyecto pueda dar lo que el país entero demanda, lo que desean indudablemente los señores miembros de la Comisión que lo defienden; lo que desea el Poder Ejecutivo que lo ha presentado; lo que deseo también yo que lo impugno: la Capital en Buenos Aires.

Este proyecto, señor Presidente, no resuelve la cuestión; este proyecto no es, por más que revista las formas exteriores de tal, una ley del Congreso sobre Capital de la República: este proyecto de ley es negatorio de sí mismo, es contradictorio del fin que aspira á realizar, es contrario á la Constitución,

y opuesto aun á las leyes que rigen los procedimientos internos de la Cámara. El no merece, ni por su forma, ni por razón de su fondo, ó pensamiento principal que enuncia, la aceptación de la cámara: es una corteza sin médula, es una caja vacía que como la de Pándora, guarda todos los males del pasado, todos los inconvenientes de la situación actual, y que para el porvenir sólo encierra una esperanza lejana, una ilusión: la esperanza de que la ciudad de Buenos Aires sea, al fin, declarada Capital de la República; la ilusión de que la Legislatura de Buenos Aires dé más tarde la ley que el Congreso no da en este instante con la sanción de este proyecto.

Bajo este punto de vista, señor Presidente, yo diría que este proyecto no es una ley, sino una institución de heredero, el testamento del Congreso de 1880, que lega á la Legislatura de Buenos Aires sus atribuciones constitucionales para dictar la Ley de Capital, la tarea de dar á la República su Capital permanente que el Congreso no pudo, ó no tuvo resolución suficiente para dar por sí mismo.

He dicho, señor Presidente, que este proyecto nada resuelve, y para confirmar este aserto, me basta apelar al despacho mismo de la Comisión selecta que aconseja á la Cámara su adopción.—Si este proyecto resuelve la cuestión de Capital permanente de la República ¿á qué viene esta segunda idea, este segundo proyecto de convocar una Convención Nacional que reformando el artículo 3.º de la Constitución, designe por sí misma la Capital de la República? ¿A qué esta segunda idea de la Convención, á qué este segundo proyecto con el mismo objeto del que se discute para dar á la República su Capital permanente?

Es, señor Presidente, que en la conciencia de los miembros mismos de la Comisión selecta está profundamente grabada la convicción de que el proyecto que se discute no es una ley; de que este proyecto no resuelve por sí mismo la cuestión; de que el medio que se emplee para resolverlo es así inadecuado y aun contrario á su objeto. Si él hubiera de darnos el resultado por todos apetecido, la Comisión se habría atendido sólo á él y no habría procura-

do ponerse á cubierto de las eventualidades de esa ley que habrá de dar á la Legislatura de Buenos Aires para dotar á la República de su Capital permanente.

**Sr. Rocha** — Los dos—viene la Convención si no hay cesión.

**Sr. Pizarro** — Me temo que no sean los dos: ya ha de ver que no son los dos!

El señor Senador por Buenos Aires ha creído necesario echar en su informe una rápida ojeada sobre la historia de los partidos políticos de la República, y á fe que ha tenido razón para ello, porque tratándose de leyes como la presente, de carácter esencialmente político, no se puede prescindir de la influencia de los partidos, del estudio de las fuerzas que trabajan y dividen la opinión en los círculos ó partidos políticos que se disputan la dirección y el gobierno de la República.

Sin participar en todo de sus apreciaciones á este respecto, he oído complacido las explicaciones que él ha dado para vindicar al partido autonomista de Buenos Aires de su anterior actitud en esta cuestión, por la resistencia que en otra época hiciera á la federalización de Buenos Aires y su municipio para servir de capital de la República.

Acepto y recojo sus palabras como las del jefe prestigioso en este momento de aquel partido.

**Sr. Rocha** — No, señor, no soy jefe, soy miembro de él, no más.

**Sr. Pizarro** — Ellas vinculan y comprometen á sus amigos políticos, á no traicionar las promesas solemnemente hechas á la Nación en el seno del Congreso para resolver esta cuestión en el sentido que lo ha indicado.

Pero, á pesar de las garantías que me ofrece esta circunstancia, este compromiso solemne contraído así por ese partido, yo debo decir, señor Presidente, que el proyecto en discusión fía completa y exclusivamente á la acción de este partido en el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, á su actitud en la Legislatura Provincial, la resolución de esta gran cuestión nacional que preocupa al país entero.

En estas circunstancias, en estas condiciones yo pregunto: ¿es prudente, señor Presidente, sancionar esta ley sin otro gaje, sin otra prenda de éxito que

la que puede ofrecerle el partido situacionista, en el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, el partido Autonomista, el partido que hasta ayer no más resistía la federalización de la ciudad y municipio de Buenos Aires para residencia de las autoridades nacionales? ¿Es prudente, digo, confiar el éxito de esta grave cuestión á esta sola garantía, en la forma que lo proyecta el Poder ejecutivo y la comisión selecta del Senado lo aconseja?

A esto y exclusivamente á esto queda reducida la solución de la cuestión de la Capital; y á pesar de que comprendo que las ideas de uno, de dos, de tres individuos pueden modificarse de un momento á otro, de suerte que los que ayer tan vivamente impugnaban la federalización de Buenos Aires, sean hoy sus paladines más ardientes, sus defensores más concienzudos y convencidos de la conveniencia de este acto nacional, no puedo persuadirme, señor Presidente, que un partido político abdique así de la noche á la mañana su credo en cuestiones tan graves y trascendentales como ésta, para ponerse hoy sinceramente al servicio de una causa que combatía la víspera.

Aquí comienzan, pues, más temores; y mucho menos puedo fiar á tan débil garantía el éxito de tan árdua, de tan grave é importante cuestión nacional, cuando considero que este partido en el poder, para dar éxito á este propósito que no figuraba hasta ayer en las inscripciones de su bandera, y que bien puedo decir que hoy lo ha arrebatado á la de sus adversarios, tiene que comenzar por mutilarse, por amputarse dolorosamente en el acto mismo de realizarlo, al dictar en la Legislatura de Buenos Aires la ley de Capital que el Congreso debiera dictar, y que, repito, no dicta el Congreso por medio de la sanción de este proyecto.

La Legislatura de Buenos Aires dictando esa ley, tendrá que ver disminuir inmediatamente su representación en el seno de ella, en proporción á la población correspondiente á la ciudad y municipio de Buenos Aires. Tendrá que ver disminuir de igual modo su representación en el Congreso de la Nación. Verá así escaparse de sus manos fuertes elementos de poder y de influencia en el gobierno de la Provincia y de la Na-



ción; y aun cuando yo hago á ese partido toda la justicia que se merece; aun cuando yo crea en su patriotismo llevado al más alto grado, no es fácil, señor Presidente, creer sinceramente en la realización de tales actos, ni confiar en una personalidad impalpable, cuya responsabilidad escapa y desaparece en la colectividad de su ser, y en que los actos posteriores del partido pueden presentarse como actos meramente individuales de algunos de sus miembros, que no responsabilizan al partido mismo, á la colectividad política que este forma, dejando así plena y completamente burlada la aspiración de la Nación entera al dictar hoy el Congreso esta llamada ley de Capital, que el Congreso no dicta, repito por tercera vez, y que sólo habrá de dictar más adelante la Legislatura de Buenos Aires.

Ha llegado el momento de demostrar directamente, señor Presidente, que el Congreso, por medio del proyecto que está en discusión, no se dicta la ley de Capital; y para hacerlo, voy á estudiar brevemente ese proyecto en su idea fundamental que está enunciada y se condensa en el primero y en el último de sus artículos.—Los artículos intermedios no necesito estudiarlos por el momento, porque todos ellos descansan en la suposición ó hipótesis de que la Legislatura de Buenos Aires haya cedido el municipio y la ciudad de este nombre para Capital permanente de la Nación, y sobre esta base entran á legislar ciertos y determinados objetos que son una dependencia de la idea fundamental, y que en el proyecto del Poder Ejecutivo y de la Comisión del Senado figuran como un accesorio simplemente, del cual bien puede el Senado prescindir por el momento, puesto que no trato de discutir sino la idea fundamental del proyecto.

Ocuparnos de estos artículos intermedios, señor Presidente, sobre el Banco de la Provincia, ferrocarriles y demás establecimientos provinciales ó municipales cuando no se está seguro de la cesión misma de la ciudad de Buenos Aires y de su municipio, y legislar desde ahora sobre todas estas cosas, á más de los peligros que en sí ofrece, importa reproducir la conocida anécdota del aldeano que calculaba y hacía sus planes sobre la renta de su viña, y los fru-

tos de la vendimia, antes de tener el huerto y de haber plantado la vid.

No se puede, pues, tomar por el momento en consideración todo lo que en el proyecto se refiere á los objetos varios que en él se legislan y de que particularmente se ha ocupado el señor miembro informante de la Comisión en su precedente exposición, anticiendo así la discusión sobre estas diversas materias, sin estudiar directamente la idea fundamental para demostrar cómo este proyecto resuelve por sí mismo la cuestión, por razón de su carácter obligatorio como ley de la Nación, que por sí misma y en fuerza de la autoridad legislativa del Congreso, fija la capital en Buenos Aires, de un modo eficaz, como sin duda se proponen hacerlo el Poder Ejecutivo y la Comisión, y como con ellos lo deseo yo también y tiene el país entero el derecho de exigirlo.

Me voy, pues, á contraer para esto al estudio de aquellos dos únicos artículos...

**Sr. Rocha**—¿Me permite una interrupción?

**Sr. Pizarro**—Sí, señor: con mucho gusto.

**Sr. Rocha**—Si el señor Senador va á ocuparse de esos artículos, creo que tal vez se alteraría el debate. Yo no he entrado al detalle de los artículos sino que los he mencionado como idea general. Si el señor Senador se limita á esos dos artículos y yo los defiendiendo, vamos á hacer el debate particular en la discusión general.

**Sr. Pizarro**—Voy á prescindir de todo debate en particular.

La idea fundamental del proyecto está enunciada en esta doble locución: «Artículo 1.º Declárase Capital de la República el municipio de la ciudad de Buenos Aires bajo sus límites actuales y después que se haya hecho la cesión, etc.» El último artículo del proyecto reproduciendo esta última parte del primero, dice: «Esta ley sólo regirá una vez que la Legislatura de Buenos Aires haya hecho la cesión competente, prestando conformidad á sus cláusulas con arreglo á lo dispuesto por el artículo 3.º de la Constitución Nacional».

Esto quiere decir, señor Presidente, que para que la sanción del Congreso

tenga alguna *fuerza obligatoria*, es necesaria la aceptación y conformidad de la Legislatura de Buenos Aires con todas y cada una de las cláusulas de este proyecto; y en tal caso, si esto puede ser así una *convención ó contrato*, es decir, el consentimiento de dos ó más individuos, de dos ó más colectividades políticas en una misma cosa, no es, ni puede ser una *ley* del Congreso *designando* la Capital de la República, pues la fuerza obligatoria de esta sanción arranca del *mutus consensus* y no de la *autoridad legislativa* del Congreso.

La ley se impone por sí misma, como una regla de conducta que el legislador prescribe, y á la cual todos están obligados á obedecer; y cuando el artículo 3.º de la Constitución da al Congreso la facultad de designar la Capital por una *ley* especial, supone que esta *ley* ha de ser *ley*, obligatoria para todos en fuerza del poder ó potestad legislativa del Congreso y nada más. No supone, pues, el *convenio ó pacto* que se proyecta, ni hace depender de la Legislatura de Provincia como lo hace este proyecto la fuerza obligatoria de la ley que dé el Congreso.

El proyecto en discusión es así contrario á la Constitución, la que dispone sea designada la capital por una *ley* y no por un *pacto ó convenio* con la provincia donde haya de establecerse aquélla.

El proyecto que se discute no es, pues, como se pretende, un proyecto *de ley*, ni resuelve nada por sí mismo; es un proyecto de *convención ó pacto* que no tendrá otro efecto que el que quiere darle la Legislatura de Buenos Aires con su aceptación ó inaceptación, y que nada será si aquella no lo acepta.

Este proyecto de ley que no lleva consigo fuerza obligatoria alguna; que no ha de tomar eficacia de la sanción del Congreso y de la promulgación por el Poder Ejecutivo; este proyecto de ley que no ha de ser ley ni aun después que él haya seguido los trámites constitucionales para investir el carácter y fuerza obligatoria de tal, es una cosa incomprensible é inaceptable.

Es así como se prueba con el proyecto mismo en discusión, que esta llamada *ley de capital* no es tal *ley*: que este proyecto es inconstitucional; que es negatorio de sí mismo, y no resuelve la cuestión

que aspira á resolver según lo había afirmado hace un momento.

Bajo este punto de vista, señor Presidente, el proyecto en discusión reviste formas inadecuadas é impropias, de todo punto contrarias á las leyes que reglan los procedimientos internos de la Cámara, y determinan cuáles son las sanciones que han de presentarse en forma de proyecto de ley, proyecto de comunicación, proyecto de decreto, etc.

Pido al señor secretario se sirva leer el artículo 81 del Reglamento.

—Se lee.

Como se ve, señor Presidente, este no es un proyecto de ley, sino de comunicación. «Se presentará en forma de proyecto de comunicación», dice el artículo del Reglamento que acaba de leerse: «toda proposición destinada á *pedir, recomendar ó gestionar alguna cosa*».

A *pedir* á las autoridades de la Provincia de Buenos Aires que cedan la ciudad y el municipio de ella para capital de la República.

A *recomendar* al Poder Ejecutivo de la Nación que haga esta *gestión* cerca del Gobierno Provincial; pidiéndole, encareciéndole la necesidad de dar solución á esta cuestión; y tratando de resolverla, no por la autoridad del Congreso en fuerza de su potestad legislativa, sino por la autoridad de los poderes públicos de la provincia en fuerza de su propia autoridad y mediante un pacto recíproco entre una y otra.

De consiguiente, señor Presidente, este proyecto bajo el punto de vista de las disposiciones y leyes reglamentarias de los procedimientos internos de la Cámara, es tan inadecuado é inaceptable como el punto de vista de la Constitución. El no es otra cosa que un proyecto de comunicación destinado á provocar una nueva gestión del Gobierno de la Nación cerca del de la Provincia de Buenos Aires para la cesión de la ciudad y municipio á objeto de fijar la Capital de la República en ella. Este proyecto no viene á hacer otra cosa que á reabrir un segundo período y reanudar una negociación terminada ya, sin resultado alguno, y autorizada por una sanción anterior del Congreso, que dispuso se hiciera esa gestión debiendo terminarse dentro de quince

días, como medida previa para dar la ley de Capital. Vencido ese término, el proyecto en discusión acuerda otro para continuarla, y lo extiende hasta el 15 de Noviembre; y la diferencia única que existe entre él y la sanción anterior á que me refiero, consiste en que sin esperar la cesión y anticipándose á ella, se declara desde luego Capital á Buenos Aires contando con que la cesión se hará, y de suerte que si ésta no se verifica, nada se habrá hecho y la ley del Congreso sobre Capital, no será tal ley en la Nación.

Queda así demostrado lo que había dicho de este proyecto: que él nada resuelve por sí mismo; que no es una ley de Capital; que sólo importa una promesa, una esperanza, una ilusión de resolver esta cuestión, fijando la Capital en Buenos Aires; que es, por lo tanto, un proyecto negatorio de sí mismo puesto que no resuelve la cuestión que aspira á resolver y terminar; y finalmente, que es un proyecto contrario á las leyes que rigen los procedimientos internos de la Cámara, y á la Constitución Nacional que impone el deber y da al Congreso la facultad de designar la Capital por una ley especial.

Creo haber demostrado suficientemente lo primero y voy á demostrar nuevamente lo segundo.

La Capital de la República, según el artículo expreso y terminante de la Constitución que se invoca en el mismo proyecto en discusión, debe ser designada por una ley del Congreso, por una *ley especial* del Congreso.

Si, como acabo de demostrarlo, este proyecto no es en sí mismo una *ley*, no puede la Capital designarse en esta forma, y el proyecto es inconstitucional.

La Capital debe ser designada por una *ley*, y en tal caso la sanción del Congreso en que esa designación se haga, debe tener en sí misma suficiente fuerza obligatoria, porque esto es de la esencia y carácter de la *ley*.

La *ley* es la *declaración solemne* del Poder Legislativo, á la cual todos están obligados á obedecer, y se le debe sumisión y respeto, una vez sancionada en la forma constitucional, con arreglo á los procedimientos establecidos para su elaboración en las Cámaras y promulgada por el Poder Ejecutivo encargado de hacerle ejecutar y cumplir. Esta es la ley.

Este es el carácter, que debía tener la ley de Capital de la República. La ley de Capital sólo en estos términos reviste su carácter propio; y si el artículo 3.º de la Constitución da al Congreso la facultad de designar la Capital por una ley especial esa ley debe ser desde luego obligatoria en toda la Nación y no quedar sujeta á voluntad extraña de otra autoridad alguna, pues esto sería negar la facultad constitucional, la facultad legislativa del Congreso para dictar aquella ley.

Si el artículo 3.º de la Constitución ha de interpretarse en su sentido verdadero, en su sentido natural y genuino; si, como no puede negarse á menos de borrar las palabras textuales de ese artículo, ó de suprimir la significación propia, gramatical y jurídica de las voces, el Congreso tiene facultad constitucional para designar por una ley la Capital de la Nación; preciso es convenir en que la ley que dé el Congreso haciendo esa designación, no está sujeta á revisión ó control de otra autoridad superior, y debe ser obedecida en todo el territorio de la Nación por todo el mundo, por pueblos y gobiernos, por los individuos como por los poderes públicos de la Nación ó de las provincias, por gobernantes y gobernados.

De otra suerte, sería preciso decir que el Congreso no tiene facultad de designar la Capital por medio de una ley especial á este efecto; sería necesario negar sus atribuciones constitucionales á este respecto; y él abdicaría de las atribuciones constitucionales si teniéndoles para hacer esta designación de capital por medio de una ley, que por la Constitución está autorizado y está en el deber de dar, dejase esta resolución dependiente de la sanción ó de la voluntad de un poder extraño.

Esto es lo que hace el proyecto en discusión, que sólo importa una abdicación, una delegación de las facultades constitucionales del Congreso en la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, abdicando y delegando en ella la facultad de dar la ley de capital, para que la Legislatura Provincial haga de esta facultad el uso que le convenga dando ó no dando esa ley, y dejando así á merced de ella, á merced de una Legislatura de Provincia, los altos in-

tereses que la Constitución ha procurado tutelar al encomendar al Congreso esta función Legislativa.

Yo no molestaré al Senado con observaciones que he hecho antes de ahora y que tengo anteladas en el estudio de esta cuestión. Son conocidas de la Comisión mis opiniones respecto á la inteligencia del artículo 3.º de la constitución que exige la *cesión previa* del territorio que haya de federalizarse para servir de asiento á las autoridades nacionales, y el alcance que doy á este acto previo de las legislaturas de provincia; pero aparte de esto, me parece que el simple estudio que acabo de hacer del proyecto en discusión, y el recuerdo que de aquellas opiniones hago en este momento, bastan á demostrar que el Congreso está constitucionalmente autorizado para dar por sí, directamente, la ley de capital, sin sujetarse á voluntad de otra autoridad alguna en la República, y que esa ley debe, por lo mismo, llevar el carácter obligatorio y de imposición que corresponde á un acto legislativo de esta naturaleza, dejando desde luego establecida la capital permanente de la República en la ciudad de Buenos Aires, ya que no se discute la conveniencia de fijarla en ella y la necesidad de resolver definitivamente esta cuestión.

Yo debo, sin embargo, recordar todavía una vez más, para fundar esta doctrina, un principio de legislación universal que acabará con todas las objeciones más ó menos espaciosas que pueden hacerse contra ella, y en el interés de demostrar que las provincias pueden oponerse á la ley de Capital que directamente de el Congreso, en razón de los derechos particulares sobre el territorio, ú otros semejantes, de que se pretende deducir la necesidad del permiso conveniente de las legislaturas provinciales á este efecto.

El principio á que me refiero tiene sus relaciones más íntimas con el derecho civil, pero no es extraño al derecho político, y por el se establece que nadie, ni el ciudadano, ni los Estados ó provincias de una Nación; que *nadie*, en una palabra, absolutamente *nadie*, tiene derechos irrevocablemente adquiridos contra una ley de orden público!

Este principio tiene también su oportunidad y aplicación en el derecho po-

lítico. Es un principio de legislación universal, nacido de las indicaciones de la razón natural y del sentimiento íntimo de natural justicia, que irradia del derecho natural y se refleja sobre todas las relaciones jurídicas, tanto del derecho civil, como del derecho político, del derecho público interno, como del derecho privado de los pueblos.

Es en virtud de este principio que se operan las grandes transformaciones de las sociedades políticas; es en virtud de este principio que la Nación es soberana para alterar y conciliar su propio gobierno, y atemperándose á las circunstancias, á los tiempos, á las exigencias de la época, subvierte sus instituciones, las modifica, centraliza el poder en momentos dados, y con aplicación al caso presente, produce la cohesión, la unidad, la solidaridad, la nacionalidad, en fin, por medio de la fijación de la capital permanente en que haya de residir el Gobierno Nacional, dando nervio, dando consistencia, dando poder, dando robustez á este gobierno, y suprimiendo todos los inconvenientes á que se trata de prever por medio de la ley que se proyecta.

No se me puede pues hacer objeción alguna respecto á la necesidad de que las legislaturas de provincia pongan su *exequatur* á la sanción del Congreso que designa la Capital de la República en nombre de más ó menos pretendidos derechos de las provincias ó estados para imponerse á la soberana resolución del Congreso, obstaculizando así estos altos fines de interés nacional, y obligando á la Nación á continuar viviendo en un estado, que se ha declarado en todos los momentos, que la ha *declarado* el Poder Ejecutivo en su mensaje, que lo reconoce la Comisión y lo declara el país entero, es ya insostenible.

No sé cómo con convicciones tales á este respecto, pueda llegar á decirse que el Congreso es impotente para dar directamente por sí esta ley de Capital que provee á una necesidad tan vivamente sentida, y mucho menos que la Constitución ha venido á organizar esta impotencia precisamente por aquel artículo que confiere al Congreso la facultad de dar esa ley para salvar todos los peligros é inconvenientes que se notan.

Esta es una objeción que no sé cómo



explicármela, porque ó se reconoce que la Constitución confiere al Congreso la facultad de designar por una ley especial la Capital de la República, que entonces se reconoce que su autoridad es suprema en esta materia y no puede estar sujeta á revisión, control, ó consentimiento de las legislaturas de provincias; ó si se sostiene que este consentimiento es necesario é indispensable debe concluirse que el Congreso no tiene la facultad constitucional para dar aquella ley.

Yo puedo, sin embargo, deducir este poder exclusivo y soberano de legislación en el Congreso, sobre esta materia, no sólo del texto liberal y del espíritu del artículo 3.º de la Constitución, y de otros varios que he enumerado y comentado junto con él antes de ahora, sino también de la disposición expresa del artículo 67 en que se enumera expresamente en las atribuciones del Congreso, aunque de un modo general, cuando dice que corresponde al Congreso hacer todas las leyes y reglamentos conducentes para poner en ejercicio los poderes antecedentes que el mismo artículo enumera, y *todos los otros conferidos por la Constitución al Gobierno general*.

Luego, una de dos: ó es una facultad conferida al Congreso de la Nación la de designar la Capital permanente de la República, y en este caso tiene, por el artículo que acabo de mencionar, plena y absoluta potestad legislativa para poner en ejercicio este poder que se le confiere de designar la Capital; ó deberemos concluir en caso contrario, que no corresponde al Congreso hacer esa designación, lo que me parece insostenible.

Es así como yo, estando de pleno acuerdo con los miembros de la Comisión en cuanto á la idea de fijar la Capital en la ciudad de Buenos Aires, no lo estoy en manera alguna con el medio que ella propone á la consideración del Senado en el proyecto que se discute, porque es un medio inconducente, ineficaz, inconstitucional, negatorio de las atribuciones del Congreso, negatorio del propósito que se tiene de resolver esta cuestión, y que solo envuelve, como he dicho, una esperanza de resolverla, ó algo menos que eso, una ilusión.

Si se quiere que el Congreso resuelva eficazmente y con arreglo á la Constitu-

ción este grave asunto, debe este proyecto tener no solo la forma, las exterioridades de una ley, sino también su autoridad, su consistencia, su fuerza obligatoria y soberana, como emanada del soberano poder legislativo á quien por la Constitución se ha diferido la facultad de hacer la ley de Capital.

Es lo que yo he procurado obtener por medio del proyecto que voy á presentar á la Cámara, usando de una prerrogativa que me está acordada por una prescripción expresa del Reglamento.

En este proyecto condenso todas mis opiniones al respecto y creo dejar establecidas las verdaderas doctrinas constitucionales, según mi saber y entender.

Pido al señor Secretario que se sirvan dar lectura de él.

—Así se hace en esta forma:

#### PROYECTO DE LEY

*El Senado y Cámara de Diputados, etc.*

Artículo 1.º Las autoridades que ejercen el Gobierno federal residirán en la ciudad de Buenos Aires que, con los límites actuales de su municipio se declara capital permanente de la República, en conformidad á lo dispuesto por el artículo 3.º de la Constitución Nacional.

Art. 2.º La Provincia de Buenos Aires conserva el dominio de los bienes y establecimientos de su propiedad, existentes en el municipio de la Capital. No se comprenden en ellos los bienes y establecimientos municipales, que continúan siempre bajo el dominio y propiedad de la Municipalidad de la Capital, sujetos á la exclusiva legislación del Congreso con arreglo al artículo 67, inciso 27 de la Constitución de la República.

Art. 3.º Queda autorizado el Poder Ejecutivo de la Nación para promover y concertar con el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires los arreglos correspondientes sobre los bienes y establecimientos de su propiedad, existente en el municipio de la Capital que por su naturaleza y situación no pudiesen ser trasladados á la capital de la provincia, que no pudiesen continuar bajo la administración del gobierno provincial ó que sus autoridades no quisieran reservar para su simple administración privada; debiendo dar cuenta de ella al Congreso en oportunidad para su aprobación.

Art. 4.º Las autoridades de la provincia podrán continuar residiendo en la capital de la República sin jurisdicción en ella hasta su traslación á la capital de la provincia. Los asuntos judiciales pendientes ante los tribunales provinciales serán fenecidos en ellos y los que en lo sucesivo de instancia lo serán ante los jueces de sección, interin el Congreso

provee á la administración de justicia en la Capital.

Art. 5.º Queda el Poder Ejecutivo autorizado para hacer dos gastos que demanden la ejecución de esta ley.

Art. 6.º Comuníquese.

**Sr. Pizarro** — En esa forma, señor Presidente, la ley es *ley*, tiene la autoridad y forma obligatoria de tal; la capital se resuelve en el sentido de las aspiraciones nacionales, fijándose en la ciudad de Buenos Aires y haciendo conformar en el hecho el derecho tradicional á este respecto.

Yo bien sé, señor Presidente, que estas ideas no pueden abrirse camino en un día; sé cual es el destino que está reservado á mis opiniones en esta discusión y al proyecto de ley que presentó, el que no llegará siquiera á fijar la atención del Senado.

Sin embargo, señor Presidente, yo arrojo esta palabra en las actas de las sesiones de esta Cámara; como se arroja el grano sobre la tierra preparada. La tierra está suficientemente abonada y acaba de serle por la sangre de dos mil argentinos en los combates de Junio y Julio. El grano germinará y se abrirá camino.

La nacionalidad argentina se hará aprovechando estas lecciones de experiencia tan dolorosa, y confiando estas ideas á la reflexión, que es lo único que me propongo hoy porque sé que con ellas estoy vencido de antemano en la opinión y el voto de la Cámara.

Yo pediría sin embargo, á mis colegas, mirasen menos mi poca autoridad sobre esta materia, que la verdad y sinceridad de la doctrina enuncio; que recapacitándola, se eleven á toda la altura de la Constitución, y conservando incólume la autoridad del Congreso, interpretando rectamente la Constitución en el sentido de mantener esta misma autoridad, no sancionen este proyecto bajo la impresión de ideas más autorizadas que las mías ciertamente, pero menos nacionalistas, menos exactas y consistentes también, deprimiendo así la soberanía de la Nación, la del Congreso, y abdicando una atribución propia, para encomendar el éxito de esta cuestión á una legislatura de provincia.

Nada más tengo que agregar, señor Presidente.

Creo que he cumplido con mi deber, satisfaciendo honradamente las inspiraciones y los dictados de conciencia al hacer esta exposición.

Yo votaré, pues, en contra del proyecto del Ejecutivo y de la Comisión no obstante de estar conforme con la idea de fijar la Capital en Buenos Aires.

**Sr. Rocha**—Pido la palabra.

**Sr. Gómez**—Debo proponer una cuestión que creo que es de orden, si se me concede.

**Sr. Rocha**—Pido para en seguida la palabra.

**Sr. Gómez**—El año 75 la Cámara de Diputados sancionó la ley declarando al Rosario Capital de la República.

Esa ley está en poder de la Comisión de Negocios Constitucionales del Senado.

Creo que antes de pronunciarse el Senado sobre un proyecto presentado posteriormente, ha debido pronunciarse sobre ese proyecto porque está sancionado por una Cámara, al menos, por la consideración recíproca que debe existir entre las dos cámaras.

**Sr. Rocha**—Es la Comisión Especial la que ha despachado este asunto; no la de Negocios Constitucionales.

**Sr. Gómez**—Ha sido la Comisión de Negocios Constitucionales aumentada.

**Sr. Rocha** — Yo no soy miembro de ella.

**Sr. Gómez**—La Cámara de Senadores no debía pronunciarse sobre una cuestión que está pendiente por medio de una ley sancionada por la Cámara de Diputados, y ha debido figurar aquel proyecto en la orden del día; rechazado aquel vendría este.

Por qué ¿qué es éste? ¿Viene en sustitución? ¿es una modificación? ó ¿qué es?

Lo repito: hay un proyecto sancionado por la Cámara de Diputados, y creo que la Cámara de Senadores está obligada á pronunciarse sobre él antes de tratar otro proyecto referente al mismo asunto; al menos ese es el uso.

**Sr. Rocha**—Creo que debería tenerse presente.

**Sr. Gómez**—Yo haría moción para que este proyecto vuelva á la Comisión conjuntamente con el del señor Senador por Santa Fe, y al mismo tiempo que la Comisión dictamine sobre el que está pendiente de la Cámara de Diputados, pues yo he de apoyar con mi voto el proyecto de la Cámara de Diputados que declara capital de la República á la ciudad del Rosario.

**Sr. Ortiz**—Creo que no es de orden la moción.

**Sr. Presidente**—La moción tiene dos partes. Primero: para que vuelva el asunto á Comisión.

**Sr. Rocha**—Esa es de orden.

**Sr. Presidente**—Esa es la moción de carácter previa, y en esa forma se pondrá á votación.

La indicación del señor Senador, para que se incluya el proyecto del señor Senador por Santa Fe que acaba de presentarse es contraria, me parece á los artículos 117, 118 y 119 del Reglamento.

**Sr. Gómez**—Si es contraria á algún artículo del Reglamento, la retiro.

**Sr. Presidente**—Dicen así:

—Los lee en esta forma:

Art. 117. Durante la discusión general de un proyecto, sea libre ó no, puede presentarse otro proyecto sobre la misma materia en substitución de aquél.

Art. 118. El nuevo proyecto, después de leído, de fundado y de competentemente apoyado, no pasará por entonces á Comisión; ni tampoco será tomado inmediatamente en consideración.

Art. 119. Si el proyecto que se discutía fuese despachado ó retirado, la Cámara decidirá, por una votación, si el nuevo proyecto ha de ser pasado á comisión, ó si ha de entrar inmediatamente á discusión; procediéndose en seguida según fuese el resultado de la votación.

**Sr. Gómez**—Como mi moción es para que vuelva el proyecto en discusión á la Comisión, indudablemente tendrá que ir el presentado por el señor Senador por Santa Fe.

**Sr. Presidente**—Después de ser rechazado el que está en discusión.

**Sr. Gómez**—No, señor después de ser rechazado no podrá ir á Comisión.

**Sr. Presidente**—Así lo prescribe el artículo 120 que dice:

—Lo lee en esta forma:

Art. 120. Si se hubiese presentado más de un proyecto durante la dicha discusión en general de otro, se observará el orden prescripto en los dos artículos anteriores: pero llegado el caso de decidirse que entre inmediatamente en discusión, entrará primeramente, el que haya sido leído primero; y solo siendo éste desechado ó retirado entrará el que haya sido leído en seguida del primero; y así nuevamente.

**Sr. Gómez**—Pero se discuten conjuntamente.

**Sr. Presidente**—No, señor.

**Sr. Gómez**—Pero por lo menos creo que es de orden la moción que he hecho y es que al mismo tiempo se requiera de la Comisión de Negocios Constitucionales que se expida sobre el proyecto que tiene la sanción de la otra Cámara.

**Sr. Presidente**—No sé si la moción de orden (para que este asunto vuelva á Comisión) está apoyada.

—No es apoyada.

**Sr. Presidente**—No es apoyada.

Invito á la Cámara á pasar á un cuarto intermedio.

**Sr. Civit**—¿Por qué no votamos en general el proyecto?

**Sr. Presidente**—Creo que hay algún señor Senador que desea hacer uso de la palabra.

**Sr. Rocha**—Yo, por mi parte.

**Sr. Presidente**—Pasaremos entonces á cuarto intermedio.

—Así se hace.

—Vueltos á sus asientos los señores senadores continuó la sesión.

**Sr. Argento**—Antes de hacer uso de la palabra, creo imprescindible que esta Cámara adopte una resolución más ó menos en el sentido indicado por el señor Senador por San Juan.

No es para que pase la cuestión á la Comisión para que lo resuelva, sino para que la Cámara misma resuelva por una votación si se considera el Senado

en la cuestión Capital como Cámara iniciadora ó revisora.

Es indudable que el proyecto sobre Capital fué iniciado en la Cámara de Diputados ahora cinco años, y el transcurso de los años no da más derecho á una Cámara que á otra, porque siempre la Cámara iniciadora conserva su derecho. Así es que es necesario para la tramitación de esta ley que nosotros nos pronunciemos sobre el particular.

Yo creo que la mente de la Comisión ha sido despachar el proyecto que ha venido de la otra Cámara.

La idea dominante es dar Capital á la República, y lo incidental es una de las dos localidades en que ha de estar la Capital, porque en general todos deseamos su resolución. Pero viene la Comisión y dice: no señor, no creemos conveniente el Rosario sino Buenos Aires. Así es que propiamente esto importa una modificación al proyecto sobre Capital, y como ese proyecto ha pasado ya en general en la Cámara de Diputados, el Senado es Cámara revisora y en este caso es necesario no faltar á las prescripciones del Reglamento. De otra manera todo lo que dice la Constitución respecto á la terminación de las leyes vendría por tierra.

**Sr. Gómez**—En cuyo caso debe discutirse conjuntamente.

**Sr. Argento**—No, señor; se discute primeramente el proyecto de la Comisión.

**Sr. Rocha**—Es un proyecto iniciado por el Poder Ejecutivo en su carácter de legislador.

**Sr. Argento**—Yo decía que es indudable la ventaja que hay para la Cámara iniciadora, y si estableciéramos este precedente, mañana se iniciaría una cuestión importante y no habríamos de querer que la Cámara de Diputados se abrogara la iniciativa en un asunto por el solo hecho de haber dilatado tres ó cuatro años en considerarlo.

Aquí ni se puede alegar la prescripción, si pudiera haberla, porque precisamente he estado todos los años pidiendo á la Comisión que despachara ese proyecto.

Así pues, para que no haya choque en una y otra Cámara, es mejor que una resolución del Senado decida, y

creo que el Senado debe resolver en el sentido de que es Cámara revisora.

**Sr. Presidente**—Deseo saber si tiene apoyo la moción del señor Senador.

—Apoyado.

**Sr. Presidente**—Está en discusión.

La moción propuesta por el señor Senador creo que es ésta: que el Senado resuelva por una votación si se considera como Cámara iniciadora ó revisora en el asunto que está sometido á su deliberación.

**Sr. Pizarro**—Creo que la moción es si la Cámara se ha de pronunciar ó no en este asunto.

**Sr. Presidente**—Permítame el señor Senador creo que no es esa la moción.

**Sr. Pizarro**—Podría precisarla el señor Senador.

**Sr. Argento**—Si el Senado se considera como Cámara iniciadora, ó como revisora en este asunto.

**Sr. Presidente**—Se va á votar en esa forma.

—Se vota y resulta afirmativa.

**Sr. Presidente**—Continúa la discusión. Tiene la palabra el señor Senador por Santa Fe.

**Sr. Argento**—La había pedido el señor miembro informante de la Comisión.

**Sr. Rocha**—Puede usar de ella el señor Senador y así contestaré una sola vez, pues desearía molestar lo menos posible al Senado.

**Sr. Argento**—Yo también desearía molestar lo menos posible al Senado; pero me veo en la necesidad de dar la explicación de mi voto en esta grave cuestión, para que mi conducta como Senador no se pueda tachar de inconsecuente, por la circunstancia especial de estar conforme con uno de los proyectos presentados por la Comisión, y desgraciadamente no estarlo respecto del otro. Estoy disconforme con el proyecto de que nos ocupamos en este momento, es decir, el proyecto presentado por el Poder Ejecutivo.

Señor Presidente: yo considero que la estricta observancia de todas las prescripciones de la ley fundamental



del país, ya sea que se refiera al fondo ó á la forma, debe ser el deber primordial de todo legislador; y también de todo argentino, y que ante esta gran consideración, no debemos ceder á ningún motivo de conveniencia, por grande y poderoso que él sea.

Yo profeso la máxima que debe ser la regla de conducta de todo hombre honrado *que en ningún caso lo justo debe ceder á lo conveniente*, y que es justo todo aquello que es estrictamente arreglado á la ley; y, por consiguiente, todo aquello que no sea estrictamente arreglado á la ley en su forma y en su fondo, lo que, en materia constitucional es igualmente esencial, no debemos hacerlo, por más conveniente que fuese adoptar ese procedimiento.

Ya no es la primera ocasión que he manifestado á la honorable Cámara, que considero que esta cuestión capital *es la cuestión de las cuestiones*; que es la suprema aspiración del país, y el *desideratum* del pueblo argentino; pero no desearía que se llevara á cabo esta magna idea, faltando ni una coma de las prescripciones de la Constitución.

Estoy de perfecto acuerdo, señor Presidente, en que se resuelva esta cuestión y que se designe á la ciudad histórica de Buenos Aires como punto preferente á cualquier otro de la República para la capital definitiva; creo que hay grandes intereses y grandes consecuencias en hacerlo así; pero solo estoy en divergencia respecto á la forma ó la manera como lo aconseja el primer proyecto de la comisión.

Dos proyectos se han presentado por los honorables miembros de la comisión: uno tendente á que el Congreso haga un último esfuerzo en el sentido de ver si él con sus atribuciones propias acordadas por el artículo 3.º de la Constitución, puede resolver esta grave cuestión; y el otro supletorio para el caso en que no surta efecto el primero y respecto del cual, considerándose hasta cierto punto imposibilitado de hacer uso de esas facultades por la traba de la previa cesión del territorio que haya de federalizarse á que refiere el citado artículo 3.º y viéndose impotente decía, para poder zanjar esta cuestión de una manera conveniente á los verdaderos intereses del país, y no habiendo podido llevar á cabo este pensamiento du-

rante veinte años que van transcurridos desde que se reformó la Constitución en el año 1860. Entonces recurre á la fuente de la soberanía popular—á una Convención constituyente, para que esta sin traba de ningún género resuelva la cuestión. Pero es sabido, señor Presidente, que la ley sobre capital es, por su naturaleza, materia constitucional: así lo entendieron desde el principio los constituyentes del año 1853, y en su virtud, establecieron en el artículo 3.º que fué reformado después: que la capital definitiva de la República sería la ciudad de Buenos Aires. Desgraciadamente á causa de esta disposición y por otras razones, el país tuvo que lamentar la segregación del resto de la República de una de sus provincias más importantes, de la Provincia de Buenos Aires, lo que vino á entorpecer la realización de este gran pensamiento, es decir, de fijar el asiento definitivo de las autoridades nacionales en la ciudad de Buenos Aires.

Entonces, pues, desde el año 1853 hasta el año 1860 cuando se reformó la Constitución, se trató de que esta Provincia segregada se uniera al resto de la Nación, y en esa época esta fué la suprema aspiración del país, de manera que los convencionales de 1860, persiguiendo este propósito, aceptaron sin vacilación y por aclamación las reformas á la Constitución del 53, sancionadas por el estado de Buenos Aires, pues, como he dicho, la suprema aspiración en ese entonces era la Unión Nacional. Ante esa gran consideración, desaparecieron todas las demás cuestiones que también interesaban al país, y entre ella, la de la Capital.

Debo recordar también algo de la historia de ese tiempo y de la razón que tuvieron los convencionales de 1860 para sancionar el artículo 3.º de la Constitución, tal como hoy existe.

Los señores convencionales por la Provincia de Buenos Aires que intervinieron en la reforma y que trataron de hacerlas prevalecer en la Convención de Santa Fe, es sabido que con ellas se proponían federalizar más la Constitución del año 1853, y esto lo hacían precisamente porque veían hasta cierto punto un peligro en el Gobierno Nacional de entonces, el que no les inspiraba suficiente confianza, y querían garantizarse

para lo sucesivo, de toda imposición de parte de ese Gobierno. Por esta razón todas las reformas que se propusieron entonces fueron tendentes á garantizar más los derechos y prerrogativas de las provincias y á darles mayor suma de poderes en sus relaciones con el gobierno general.

Con este motivo, entre las reformas á la Constitución de 1853 vino la del artículo 3.º, el que fué substituído por el siguiente: «Las autoridades que ejercen el Gobierno Federal residen en la ciudad que se declare capital de la República por una ley especial del Congreso, *previa cesión* hecha por una ó más legislaturas provinciales del territorio, que haya de «federalizarse».

El objeto que tuvieron los convencionales al poner esta limitación de la *previa cesión* al Congreso para cuando este hiciera uso de esa facultad, es bien conocido. No se quería evitar que mañana se formara un Congreso hostil á los intereses de la Provincia de Buenos Aires y que pretendiera imponer por medio de una sanción legal la Capital de la República en la ciudad de Buenos Aires, sin ser antes consultada la Legislatura de este Estado.

Esta fué la idea primordial, indudablemente, y creo que el proyecto de que nos ocupamos ahora viene precisamente á falsear la mente de los constituyentes de entonces.

Dos consideraciones poderosas influyeron indudablemente en el ánimo de esos convencionales para poner al Congreso esta restricción de la *previa cesión*, es decir, *previa cesión* respecto de la ley, y no respecto de la residencia; como indebidamente se pretende interpretar el artículo 3.º, 1.ª que la *cesión* fuera *previa* á la sanción de la ley, para que esta no ejerciera una presión moral sobre la Legislatura que debiera acordar aquella y 2.ª que era irregular dar una ley condicional, de manera que el cumplimiento de la condición depende de un poder extraño é independiente del legislador.

Yo no sé señor presidente, de donde se saca ahora esta extraña interpretación del artículo 3.º, jamás se ha interpretado como se trata de hacerlo ahora, y yo voy á probar más adelante con los antecedentes de esta cuestión, que siempre el Congreso ha creído que la *cesión* debe de ser *previa* á la ley y no ésta á

la *cesión* como sucede en el proyecto que se discute.

Por la misma construcción gramatical del artículo se ve claramente que la frase *previa cesión* que equivale á *debiendo antes* no puede de ninguna manera referirse al verbo residen que está en presente de indicativo, sino al verbo *declare* que se refiere á la ley, que debe dictarse previamente para que tenga lugar la residencia.—En efecto, el artículo 3.º dice así:

*Las autoridades que ejercen el Gobierno Federal, residen—¿en dónde? En la ciudad que se declare, por el Congreso, capital de la República; pero previa cesión del territorio que haya de federalizarse, por la Legislatura.*

Esta es la verdadera construcción gramatical del artículo y el orden lógico y natural de las ideas contenidas en el mismo. No puede interpretarse de otra manera.

Para que exista la residencia, es preciso que exista la ley primero que la determine, y para que exista la ley, es necesario que *previamente* tenga lugar la *cesión*; luego esta debe preceder inmediatamente á la ley y no á la residencia, que es una consecuencia de la ley. Esto es obvio señor Presidente.

Ahora en cuanto á la mente ó espíritu del mismo artículo, los convencionales que lo sancionaron no han querido indudablemente que la ley precediera á la *cesión*, por cuanto esto importaría una *presión moral* que se ejercería en la Legislatura que debía hacer la *cesión*, y como ya lo he dicho, entonces el espíritu que predominaba en la Convención era el evitar de parte del Congreso toda presión ó violencia, que viniera á coartar la libertad de esa Legislatura, es claro entonces que la intención del Legislador ha sido que la *cesión* de la Legislatura *fuese previa* á la sanción de la ley sobre Capital.

Además es sabido que las leyes no pueden tener un carácter condicional, porque eso sería contrario á la idea de lo que es una ley filosófica y jurídicamente hablando.

La ley es una orden, es un mandato de una autoridad superior, que todos los habitantes de un país están obligados á cumplir. *La ley nunca estipula, la ley manda.* Las estipulaciones son susceptibles de ser puras ó condicionales,

porque toda su fuerza arranca del común consentimiento de las partes contratantes, como acaba de manifestar muy bien, mi honorable colega por Santa Fe. La ley manda pura y simplemente, no admite condiciones, en cuanto á su cumplimiento y mucho menos puede admitirlas en esta clase de leyes, que deben ser de carácter imperativo, y cuando precisamente el cumplimiento de la condición no depende del mismo soberano que da la ley ni aun siquiera de una autoridad nacional, sino que viene á depender su existencia de una autoridad extraña, independiente y hasta subalterna con relación á la nación. De suerte que, propiamente dicho, quien va á dar esta ley no es el Congreso, encargado de dictarla por la Constitución, sino la Legislatura de Buenos Aires, porque de la sola y exclusiva voluntad de esta, depende que sea ó no ley la que vamos á dictar.

Esto que acabo de manifestar, tal vez se diga, que son escrúpulos de mi parte.

—Como tales los acepto, pues, reconozco que, cuando se trata del cumplimiento de las prescripciones constitucionales, soy sumamente escrupuloso.

No quisiera jamás faltar á ellas ni en una coma, por grande que fuese la conveniencia que resultara de violar la Constitución aunque fuera en la simple forma de uno de sus artículos.

Ahora refiriéndome á la historia de la cuestión Capital, diré: que, desde el año 1860 en que se reformó el artículo 3.º de la Constitución ha hecho varias tentativas el Congreso en el sentido de resolverla.

Desde el momento en que se inició en el Congreso la idea de dar Capital á la República, la Provincia que tengo el honor de representar, señor Presidente, aun cuando era una de las más pobres y de las más pequeñas de las que componen la República, no tuvo inconveniente en ofrecer espontáneamente á la Nación, para Capital de la Nación por medio de su Legislatura, la única ciudad de más importancia que tenía entonces. Es necesario que tarde ó temprano, se haga la debida justicia á los pueblos: La Provincia de Santa Fe ha estado siempre dispuesta y lo está aun á ceder á la Nación lo mejor que tiene, la ciudad del Rosario—la más populosa, más rica, y más importante de

su territorio, la que le proporciona la mitad de la renta pública, la que le da espectabilidad en el interior y en el exterior del país, y no solo esto está dispuesto á sacrificar en obsequio de los grandes intereses nacionales, aun me atrevo á afirmar que toda ella se entregaría á la Nación para cooperar á resolver este gran problema.

¿Y por qué?—Porque todo quedaría en casa, porque todos esos bienes pertenecen al común patrimonio de los argentinos y la parte debe sacrificarse en obsequio de todo. Esos son los verdaderos sentimientos que deben dominar á todo argentino.

No quiero hacer de esto un mérito para la provincia que tengo el honor de representar; sinó simplemente consignar un hecho y lo dejo consignado ahora con imparcialidad y lo estime algún día.

La Provincia de Santa Fe ofreció la ciudad del Rosario, precisamente para facilitar al Congreso un medio para dictar la ley de capital, si acaso fijaba su atención en esa ciudad con ese objeto. La previa cesión de que habla el artículo 3.º y que á mi juicio, debe preceder á la ley Capital puede efectuarse de dos maneras: ó por cesión espontánea hecha por una ó más legislaturas, de tal ó cual ciudad ó del territorio que haya de federalizarse como lo hizo la legislatura de Santa Fe, y creo que en la misma época la de Córdoba y Entre Ríos, ó por requisición previa del Congreso á tal ó cual Legislatura para solicitar la cesión de tal ó cual territorio ó ciudad para fijar la capital de la República.

Este último temperamento se adoptó por el Senado hace como mes y medio, al dirigir una minuta de comunicación al Poder Ejecutivo para que solicite de la Legislatura de esta Provincia la ciudad de Buenos Aires para Capital permanente de la República, lo que viene á demostrar que hasta ahora poco tiempo el Senado ha creído que la cesión debía ser previa á la ley.

Durante la administración del señor Mitre, fué cuando se dictó la primera ley de capital, designándose al Rosario con ese objeto y en vista de la cesión hecha por la Legislatura de Santa Fe y de perfecto acuerdo con el artículo

3.º de la Constitución; á saber la cesión antes de la ley.

Desgraciadamente esa ley fué vetada entonces y esta cuestión ha sufrido con este motivo muchas contrariedades. Ella fué vetada, á mi juicio sin derecho, estableciéndose con esto un precedente funesto, y digo sin derecho, porque la facultad del Congreso para dictarla, es un mandato ó delegación de la Convención Constituyente, que una vez que se ejercite, por una sanción legal, esta no tiene el carácter de las leyes ordinarias, y por consiguiente no está sujeta al veto del Poder Ejecutivo ni á la derogación por una ley posterior; pero el veto se toleró entonces por el Congreso, y á causa de este mal precedente vinieron después otros vetos á entorpecer la solución pacífica de esta cuestión.

Bajo la administración del señor Sarmiento también se vetó la ley designando al Rosario con ese mismo objeto y más tarde la ley que fijó la capital en Villa María, fué igualmente vetada por el mismo señor Sarmiento.

En el año 1875, la honorable Cámara de Diputados se ocupó nuevamente de este asunto, y sancionó un proyecto de ley, designando al Rosario para Capital de la República, y teniendo en vista también la previa cesión hecha por la Legislatura de Santa Fe, por una ley especial la que no había sido derogada. Este proyecto quedó en la carpeta de la Comisión de Negocios Constitucionales de esta Cámara hasta la fecha.

El Senado ha usado últimamente del medio de la requisición, y ha pasado, con ese objeto, una minuta de comunicación al Poder Ejecutivo para que dentro del término de 15 días recabara de la Legislatura de Buenos Aires, la cesión de la ciudad del mismo nombre para declararla capital de la República.

Esta es la triste historia de esta cuestión, y todos los antecedentes que dejo mencionados vienen á corroborar lo que sostengo, que el Congreso ha entendido siempre, que la cesión debe ser previa á la ley, y no la ley previa á la cesión.

Así es que si hay escrúpulos de mi parte, á lo menos ellos se fundan en los precedentes históricos de esta misma cuestión.

**Sr. Igarzábal**—La ley que declaró capital á Villa María, no fué dada con cesión previa.

Los precedentes no están tan conformes con lo que dice el señor Senador.

**Sr. Argentó**—Se olvida el señor Senador que el Congreso se haría entonces este raciocinio muy natural, si la Provincia de Córdoba me ofrece su ciudad capital y la de más importancia que tiene para que sea capital de la República, ¿cómo me va á negar á Villa María...?

**Sr. Igarzábal**—Esas son reflexiones de otro orden.

**Sr. Argentó**—De todos modos, esa ley habrá adolecido, del mismo defecto que critico.

**Sr. Igarzábal**—La cesión de la ciudad de Córdoba fué posterior también á la ley que la declaraba capital.

**Sr. Argentó**—Está en error el señor Senador, no ha habido ninguna ley declarando á Córdoba como Capital.

**Sr. Pizarro**—El antecedente que indica el señor Senador por San Juan, prueba que el Congreso no siempre ha creído que es necesaria la cesión para declarar Capital cualquier punto del territorio.

**Sr. Rocha**—Prueba que no ha creído que es necesaria la previa cesión.

**Sr. Pizarro**—Yo lo interpreto en conformidad á mi tesis.

**Sr. Rocha**—Pero su tesis se olvida del artículo 3.º.

**Sr. Argentó**—Yo disiento en esa idea de mi honorable colega por Santa Fe. Yo creo que no se puede poner en duda de ninguna manera, si se necesita ó no la cesión del territorio que haya de federalizarse, para que el Congreso dé la ley Capital. Precisamente es esa la limitación puesta por la Constitución, con un objeto dado y la discusión únicamente podría versar, sobre si la cesión debe ser previa á la ley, ó la ley previa á la cesión.

Pero que se necesita la cesión, en uno ú otro caso, eso es indiscutible.

No puedo acompañar á mi honorable colega por Santa Fe en sus tesis porque yo no dudo que la cesión sea necesaria, sino únicamente sostengo que la ley debe ser posterior á la cesión; porque, como he dicho, si se da la ley antes de la cesión, se ejercería una es-



pecie de presión moral sobre la Legislatura que tiene que hacer la cesión, y sobre todo se viene en este caso á dar una ley condicional; de manera que el cumplimiento de la condición, no depende exclusivamente del poder que le da, sino de una autoridad subalterna y completamente extraña.

Eso es, como he dicho, contrario á todos los principios de una sana jurisprudencia, y la ley en ese caso, perdería toda su autoridad, y vendría á caer en el mayor desprestigio. Ahora bien, si tuviéramos el tiempo material para poder requerir de la Legislatura de Buenos Aires la previa cesión de su ciudad capital para asiento de las autoridades nacionales, yo habría optado por ese temperamento y hubiera presentado un proyecto en ese sentido; pero como ahora no hay tiempo material para hacerlo, quién sabe cuánto tiempo necesitamos para obtener la cesión, y el Congreso está próximo á terminar sus sesiones ordinarias.

**Sr. Rocha** — Las elecciones son para el 26.

**Sr. Argento** — Es poco tiempo; nos faltan pocos días para terminar las sesiones ordinarias, y quién sabe cuánto tiempo emplearemos en las sesiones de prórroga y por esta razón, y no pudiéndose obtener la sesión previa, opto por el último despacho de la Comisión, es decir, el referente á la Convención Constituyente, para que esta facultad que se nos confirió por otra Convención Constituyente, con la traba de la previa cesión, que es la que nos ha imposibilitado de resolver este problema durante 20 años, vuelva á la soberanía popular. para que ella, en uso de sus facultades soberanas designe cuál ha de ser el punto en que deban residir definitivamente las autoridades nacionales, con, ó sin el consentimiento de las legislaturas provinciales, porque siendo la Convención su poder soberano no tiene que consultar á nadie sobre el particular.

Por eso es que si bien estoy conforme con la idea de la Convención Constituyente, he de votar en contra del proyecto que ahora se discute, por creerlo inconstitucional.

He querido salvar mi opinión en este sentido, para que no se me tache de inconsecuente, por haber estado siem-

pre pidiendo el despacho del asunto sobre Capital.

**Sr. Rocha** — Señor Presidente, seré muy breve, y así probablemente no será una réplica lo que dirija á los señores senadores por Santa Fe, sino simples observaciones.

El señor Senador por Santa Fe, que habló primero, doctor Pizarro, ha fundado su oposición al proyecto principalmente en que la forma en que se discute esta ley no reviste el carácter regular de un acto Legislativo.

**Sr. Pizarro** — Y el fondo; no es cuestión de forma, es de fondo.

**Sr. Rocha** — Y el fondo.

**Sr. Pizarro** — Tan de fondo, que se desconoce por completo la autoridad del Congreso.

**Sr. Rocha** — Que se desconoce por completo la autoridad del Congreso.

**Sr. Pizarro** — Y que se abdica de ella.

**Sr. Rocha** — Y que se abdica de ella.

**Sr. Pizarro** — En la autoridad de la Legislatura.

**Sr. Rocha** — En la autoridad de la Legislatura.

**Sr. Pizarro** — Y la ley es inconstitucional.

**Sr. Rocha** — Y la ley es inconstitucional.

Esta es la forma de las observaciones del señor Pizarro, y el señor Senador Pizarro creyendo ser lógico en su manera de raciocinar, presenta un proyecto que lo considera constitucional, que no abdique la autoridad del Congreso, y, como es natural, respeta todos los derechos, porque distingo que él no puede suponer que él crea que va á atropellar un derecho cuando presenta el proyecto; por el contrario que está muy de acuerdo con la Constitución.

**Sr. Pizarro** — No solo lo creo, sino que lo he probado.

**Sr. Rocha** — Pero vale más la conciencia que el fundamento, porque el fundamento podría tener un ligero error de expresión.

No obstante el Senado va á ser juez, y voy á limitarme á hacer simples observaciones.

El primer proyecto establece la ce-

sión por parte de la Legislatura de Buenos Aires, de la ciudad que se declara Capital de la República. El proyecto presentado en sustitución por el señor Senador Pizarro (como constitucional, no siéndolo el primero á su juicio) simplemente se limita á declarar que la ciudad de Buenos Aires, será la Capital de la República, por un simple acto del Congreso.

El artículo 3.º de la Constitución que me permitirán los señores senadores que lo lea no obstante que es tan sabido, dice:

«Las autoridades que ejerzan el gobierno federal, residirán en la ciudad que se declare Capital de la República por una ley del Congreso, *previa cesión* hecha por una ó más legislaturas provinciales del territorio que haya de federalizarse».

Por consiguiente, me parece que si hay un proyecto inconstitucional no es el de la Comisión, que supone la cesión por parte de la Legislatura de Buenos Aires, y que aun los que le combaten, como el señor Senador por Santa Fe doctor Argento, convienen que es una condición indispensable, constitucional: mientras, que no sé, á pesar del talento é ilustración del otro señor Senador por Santa Fe, doctor Pizarro, y de sus recursos tan poderosos de dialéctica, como sostendría con eficacia, no ante su opinión y juicio, porque generalmente uno cree tener razón, sino ante el juicio de los demás: ¿cómo es constitucional tomar una ciudad de provincia...?

**Sr. Pizarro**—Lo he explicado ya al Senado en sesiones anteriores, y, por no repetirlo, he excusado entrar en esos fundamentos.

**Sr. Rocha**—Por eso decía que el criterio propio no lo considero eficaz, y el señor Senador no ha demostrado que es inconstitucional esto, no ante su criterio, porque uno, siempre que habla cree que lo hace con un razonamiento exacto y que está libre de todo error. Las más de las veces le sucede á uno que creyendo que va por la línea recta, va haciendo zig-zag y haciendo sutilezas con la más buena inteligencia.

No debe extrañarle al señor Senador que diga esto—siempre le he reconocido cualidades que le distinguen; pero, tiene naturalmente que hacer grandes

esfuerzos de espíritu, buscando sutilezas por preocupación de la cuestión, en el deseo de citar, esmerándose en la trama más fina que hay en el razonamiento: que cuando la Constitución dice terminantemente: se necesita la previa cesión—para demostrar, digo, que no se necesita la previa cesión, y cuando ese artículo que tiene este proyecto se relaciona con las largas discusiones á que dió lugar la reforma introducida en la Constitución Nacional de 1853.

Apenas han corrido veintisiete años.

Habíamos estado separados en dos campos, los que vivían de este lado del Arroyo del Medio y los que vivían del otro lado. Esta división existía fuera de la patria. Los que estaban en Europa, en Montevideo, en París, unos se agrupaban de un lado, otros de otro.

No era cuestión de porteños y provincianos; era cuestión de dos grupos de argentinos que levantaban la bandera de diversas tradiciones, de diversos principios, y que los dos, en honor de todos y de los hombres que estaban á su frente, tenían el gran sentimiento de la patria, y, en nombre del sentimiento de la patria, abrigaban grandes desconfianzas. Los unos decían: los otros son los anarquistas y demagogos, no quieren reconstruir la Nación, los otros decían que los primeros eran los partidarios del caudillaje, que querían ponerles al cuello la bota de potro.

Las dos fracciones han concurrido á este hecho de la gran nacionalidad argentina, que penosamente la vamos haciendo.

Se organizó la Nación en una parte de la República, en Buenos Aires se organizó otra, y cuando vinieron los sucesos inmediatos entonces se decía: que estas dos divisiones se reunirían y que si quedaba alguna excisión, sería como suele suceder con ciertas estatuas que se rompe una parte importante de ellas, pero que al fin se vincula de tal modo que no se nota casi la división.

Y bien, pues, esa idea se discurrió detenida y profundamente desde la primera sesión. Había dos ó tres opiniones, tres me parece. No he tenido ocasión de revisar los antecedentes y casi tengo que atenerme á reminiscencias.

Las tres opiniones eran: que residiera la capital en Buenos Aires,—los que

creían que la capital en Buenos Aires era necesaria para la Nación,—los que creían que la capital en Buenos Aires era necesaria, pero que pasaría mucho tiempo sin que pudiese realizarse; pero en todos había este temor:

Es necesario reformar este artículo, decían unos para librarnos de que nos impongan la capital; no es necesario, decían otros, porque el hecho de reformarlo, importa enmendar la reforma á una Convención que indudablemente lo rechazará.

Entonces predominó esta opinión: «la reforma está hecha por los pactos de Noviembre. Poco á poco estos pactos irán estableciendo una soberanía única, y las fracciones en que está dividida la opinión irán desapareciendo».

Es doloroso que hayan existido esas divisiones; pero, esa es la marcha de los pueblos.

Entonces vino á germinar la indicación que hacía antes:—la reforma está hecha; no se le podrá imponer nada á Buenos Aires; pero es necesario dar á la Convención la fórmula en que esta cláusula se establecerá, y, entonces, la fórmula en que esta cláusula se estableció es el artículo de la Constitución tal cual hoy existe.

La Convención solo fué á resolver sobre la forma, no sobre el fondo; sobre el fondo habían resuelto ya los que establecieron el pacto de 11 de Noviembre.

Con ese motivo el señor Senador por Santa Fe invocaba la extensión de la soberanía de la Nación, y decía que no tenía límites.

Indudablemente, la cuestión es un tanto metafísica, para que la discutiéramos con toda extensión.

La soberanía, como tal, no tiene límites; pero la soberanía se ejercita por ciertos órganos, por ciertos medios, por ciertas autoridades, que hoy en ninguna parte del mundo se reconoce que son formas regulares si no tienen limitaciones perfectamente establecidas.

Aquí viene naturalmente el tratar este punto de la deficiencia de la ley, de la inconstitucionalidad en la forma de la ley, de que hasta tal punto debe considerarse que no es una ley, según decía el señor Senador por Santa Fe que ha-

bló primero, y el que le siguió después, doctor Argentó.

Pero, la ley no tiene en todas partes iguales formas; no hablamos de lo que se llama realmente una ley en lo que se refiere al mundo moral, al mundo físico; hablamos de leyes espirituales, y estas tienen tal variedad de formas como las constituciones las tienen. Hay ciertos procedimientos regulares, ciertas transacciones que se hacen; y hay leyes especiales para las que hay forma especial para dictarse, como sucede con la ley Legislativa en que se declara la elección del Presidente y aquella por lo que se hace la aprobación de una elección.

Esta ley es una ley especial, con forma determinada. Esta ley no puede tener efecto mientras que no venga la cesión hecha por la Legislatura del territorio que se declare capital mientras que no sea propiedad de la Nación.

¿Cómo olvida el señor Senador como se hacían antes estas cosas? ¿cómo se registraban en el parlamento los mandatos del monarca? ¿Revestían acaso las formas de la ley? Eran eficaces, positivas y no respondían á una soberanía, que no tenía más de conveniente que el que se fundaba mucho sobre la presunción; pero, daban tanto bienestar como nuestras instituciones modernas.

Esta es una ley perfectamente regular, en su forma; y en las objeciones que hace el señor Senador Argentó, sobre si debe ser antes ó previa, yo le digo que el previa es un incidente en este caso, que el previa en cuanto es trascendental es en que esta ley no puede tener efecto sin la cesión clara y determinada de la Legislatura.

En cuanto á que esta ley no puede tener efecto, porque se cree que dados los términos en que está formulada, no puede esperarse que la Legislatura haga cesión de la ciudad, el inconveniente está previsto. La violación de la Constitución estaría en querer darle á esta ley un efecto que no está dentro de las facultades que el Congreso tiene.

**Sr. Argentó**—Yo voy más lejos que el señor Senador: yo quiero que se respeten tanto los derechos de la Legislatura, que no quisiera que esta ley influyese ni aun moralmente en el ánimo de la Legislatura. Hasta ahí voy yo.

**Sr. Rocha** — Eso demuestra como los dos señores senadores por Santa Fe, tienen ideas diametralmente opuestas.

**Sr. Pizarro** — Yo mismo lo he declarado; soy el único que sostengo la idea que he manifestado en la sesión anterior. Así es que no me sorprenderá su rechazo, porque ya sé que estoy vencido por el número; pero ahora voy á contestar al señor Senador.

**Sr. Rocha** — Muy bien, señor Presidente, voy á continuar procurando ser lo más breve que me sea posible.

Decía el señor Senador que no comprendía como el Congreso iba á dictar una ley que en realidad no era tal ley; porque no revestía el carácter preceptivo que debe tener toda ley; que el Congreso iba á abdicar sus facultades, y creo que ha llegado hasta decir que iba á desprestigiarse con este procedimiento.

El señor Senador tiene nobles pasiones; pero algunas veces se enardece demasiado. Tiene la noble pasión del patriotismo; pero aun con esta pasión sucede lo que muchas veces vemos que acontece con las demás pasiones que se enardecen demasiado—que van contra el mismo propósito que se quiere realizar.

Se olvida, señor, que si nosotros, resolviéramos hoy esta cuestión sin consultar en cuanto sea posible la justicia, y la ley, que tanto ha perseguido el otro señor Senador por Santa Fe; que si nosotros resolviéramos esta cuestión preescindiendo completamente de las conveniencias, imponiéndola como el resultado de la voluntad nacional, resultaría que obtendríamos simplemente una imposición, y no una de esas soluciones regulares y constitucionales que son las únicas eficaces y verdaderas en la historia de las naciones.

El señor Senador, en el deseo de que cuanto antes se resuelva esta cuestión, quiere que pasemos por sobre todas las formas; quiere que procedamos á sancionar esta ley como él entiende que debe sancionarse, no obstante la prescripción contenida en el artículo 3.º de la Constitución que el otro señor Senador por Santa Fe quiere que respetemos sobre todas las cosas, no obstante lo que está consignado en «El Redactor» y en las discusiones que tuvieron lugar sobre esta materia en la Conven-

ción misma; quiere que procedamos así no obstante lo que nos enseña nuestra propia historia y lo que está en el consenso de todo el mundo, á tal punto, que declara él mismo ser el único hombre que piensa de esa manera.

¿No comienza á sospechar el señor Senador que, cuando en una cuestión tan grave y complicada como esta, él es el único que así piensa, ha de ser muy difícil que sea únicamente él el que acierte; no comienza á desconfiar que en una cuestión de esta naturaleza, de que tantas inteligencias se han preocupado y estudiado y que actualmente hacen latir tantos corazones con el mismo ritmo, porque sienten la necesidad y el deseo de que se concluya cuanto antes, no comienza á desconfiar que es imposible que sea únicamente la inteligencia del señor Senador la que está poseída de la verdad?

¡Tenga, por Dios, siquiera un poco de compasión por la opinión de los demás!

Es verdad que las minorías suelen tener razón, pero no es menos cierto que cuando hay un crecido número de individualidades que se hallan en condiciones regulares, en condiciones normales y análogas de inteligencia y de ilustración, á la de un solo individuo que piensa de una manera distinta, es muy difícil que este individuo tenga la razón, contra el modo de pensar de todos los demás.

**Sr. Presidente** — Para evitar posteriores desviaciones en el debate, observo que no es el proyecto del señor Senador el que está en discusión.

**Sr. Rocha** — Perfectamente. Estaba contestando á las observaciones que se habían hecho indirectamente en contra del proyecto de la comisión; pero reconozco que me había desviado un tanto del punto en discusión y pido disculpa al señor Presidente.

Iba á ocuparme brevemente de un punto de carácter político cuya discusión hubiese querido evitar; pero una vez que se ha traído al debate, no tengo más remedio que soportarlo.

El señor Senador, aprovechando la afirmación que yo hacía de que un gran número de autonomistas prohibaban este proyecto, decía (sin desconfiar de la sinceridad de lo que tal cosa hacían): «Me parece muy difícil que ese apoyo



tenga la eficacia necesaria para hacerlo triunfar porque me parece una aberración que quieran hacer hoy lo contrario de lo que antes querían.»

Empezaré por declarar desde luego, que yo no soy jefe de ningún partido, sino simplemente uno de tantos miembros de ese partido, con las pasiones que ni en momentos dados tienen todos los hombres; de manera que la iniciativa que he tomado en ciertos sucesos, ni mis opiniones, comprometen á nadie: es á mí únicamente á quien comprometen mis opiniones; los demás se comprometen por sus actos, y yo creo firmemente que la gran mayoría de los que formamos el partido autonomista, estamos hoy por este proyecto, como una condición necesaria para la vida nacional, porque vemos en él la única manera de concluir con este eterno antagonismo entre el poder de Buenos Aires y el poder de la Nación, con las desconfianzas de Buenos Aires y las desconfianzas de la Nación, y en fin, la única manera de concluir con esas soluciones peligrosísimas que en el momento menos pensado pueden hacernos mucho mal.

Si el señor Senador es partidario de la Capital en Buenos Aires, lo mismo que el otro señor Senador por la misma provincia que habló en seguida, tienen que soportar todos los inconvenientes de las pasiones y las dificultades de tiempo, por que anticiparnos al tiempo y suprimir todas las dificultades inherentes á la naturaleza misma de las cosas, es imposible.

Así, pues, si ellos quieren que la ciudad de Buenos Aires sea la Capital, tienen que esperar el tiempo indispensable á fin de que se produzcan todos los actos previos que son necesarios para que ese hecho se produzca sin salir del camino constitucional. De otra manera tendrían que declinar de su propósito é ir á buscar la Capital en otra parte donde á su juicio ó á su criterio patriótico crean que es más conveniente en defecto de Buenos Aires.

Pero el señor Senador por Santa Fe que habló últimamente, se ha declarado también partidario de la Capital en Buenos Aires; pero sostiene que estando ya esta cuestión muy estudiada, no debemos detenernos, un mes, dos días, ni un día.

Yo declaro que aun que tuviéramos

que esperar dos ó cuatro meses, siempre daría la preferencia á la Capital en Buenos Aires...

**Sr. Argentó**—Es por la expectativa en que se encuentra el país.

**Sr. Rocha**—No niego que el país esté en expectativa; pero yo creo que nosotros ante todo, debemos ser hombres de estado, y tratar de cumplir dignamente con nuestra misión con arreglo á nuestro criterio y nuestra conciencia; creo que es esto lo que debemos buscar y no simplemente resolver esta gran cuestión, que tiene ya más de medio siglo en el menor tiempo posible.

Puede ser que algunos necesiten menos tiempo que otros; pero todos necesitamos del tiempo que es indispensable para no salir del camino que marca la Constitución y dar una solución que consulte los intereses y salve todos los inconvenientes que ofrecía esta ley en el presente y lo futuro, y para esto necesitamos tiempo.

¡Ay de nosotros, señor Presidente, si nos dejamos arrastrar por la pasión ó el entusiasmo de las muchedumbres, porque entonces, en vez de gobernar nosotros, gobernarán las muchedumbres y las pasiones!

¡Pluga al cielo que el Senado esté siempre libre de ser arrastrado por ese camino, y que tenga siempre la serenidad, la ilustración y la energía necesarias para no dejarse arrastrar por el entusiasmo y la pasión!

**Sr. Argentó**—Es una cuestión de sesenta años.

**Sr. Rocha**—Si, señor Senador, es una cuestión de 60 años; pero en 60 años no se forma una nación.

**Sr. Argentó**—La expectativa de todo el país es justa.

**Sr. Rocha**—Es perfectamente justa y patriótica; pero por lo menos esperemos el tiempo que es necesario para que se cumplan las prescripciones constitucionales, porque, como ha dicho muy bien el señor Senador por Santa Fe, cualquier falta en este sentido, vendría á dar por resultado que la soberanía de la Nación vendría á estar asentada sobre una violación de la Constitución.

No nos olvidemos, señor, lo que á este respecto ha dicho un gran pensador francés:—«El espíritu revolucionario

Septiembre 11 de 1880

CÁMARA DE SENADORES

29.<sup>a</sup> sesión ordinaria

nada funda, ya sea en los congresos ó en las reuniones populares; es el espíritu conservador únicamente el que persigue y concluye las revoluciones».

No olvidemos este sano principio de política, que es el único que ha de salvar al país de la ruina.

La revolución en un momento dado puede producir grandes resultados, pero es únicamente el espíritu conservador el que funda las grandes naciones: no son la revolución ni las perturbaciones las que han de hacer de nuestro país una gran Nación, porque no es con el espíritu revolucionario que se apoyan estas pasiones, estas irritaciones, estas susceptibilidades. Sobre todo, es necesario que reine la confianza para que una nación se consolide y engrandezca.

¡Ay de nosotros el día que creamos

que únicamente en nombre del poder debemos resolver estas grandes cuestiones!

Entonces no habría confianza en nuestros propios elementos, y no habiendo confianza, jamás seremos grandes, por que viviremos en constantes luchas que concluirán con nosotros como han concluido los indios.

**Sr. Presidente**—Siendo la hora avanzada y habiéndome manifestado varios señores senadores el deseo de que suspenda la sesión, creo que el Senado no tendrá inconveniente en acceder á esta proposición.

—Aceptada esta indicación por varios señores senadores, suspendió el señor Presidente la sesión.

—Eran las 6 p. m.